

ANTONIO GARCIA VERDUCH

Confrontación civil

Las confrontaciones civiles no surgen de la noche a la mañana, como los hongos, sino después de largos procesos de gestación, durante los cuales se van sumando, poco a poco, agravios, provocaciones y malquerencias. Es en ese periodo de larvación cuando las gentes van calentando motores, van grabando en su memoria todos los signos de hostilidad que perciben, y van elaborando minuciosamente argumentos y más argumentos para justificar sus propias erupciones de odio.

Nada de lo que ocurre en ese periodo de larvación cae en saco roto. Todo se suma y se acrece. Las palabras se afilan como lanzas para que sean más hirientes. Los gestos van perdiendo su aire bonancible y van ensombreciéndose como negros nubarrones de tormenta.

Los agresores no consideran sus agresiones como tales, sino como simples y justificadas réplicas. Nadie agrade. Todos replican. Y las réplicas suscitan contra-réplicas, y éstas a su vez suscitan contra-contra-réplicas, y éstas a su vez contra-contra-réplicas. Y así sigue creciendo el griterío, el apasionamiento y el encono hasta que, al fin, se ahoga definitivamente la razón.

¡Qué horribles se nos antojan esos torbellinos de tozuda visceralidad, en los cuales se ahoga toda razón!

Los meteorólogos predicen con mucha anticipación la llegada de los desastres atmosféricos, porque saben captar, recopilar y analizar todos los síntomas que permiten descubrir la existencia de desgraciadas coincidencias de factores.

Ahora bien, ¿qué sociólogo o qué político sabe recoger y analizar todos los signos inquietantes anunciadores de futuras tormentas sociales?

Las confrontaciones sociales no se evitan negando su peligro desde una tribuna, como lo hacen los inspirados políticos de nuestros días. Se evitan, simple y llanamente, desactivando todos los gérmenes de acritud y de virulencia que, desgraciadamente, surgen en los discursos y en la calle.

Las gentes sencillas quieren trabajar y vivir en paz, y no quieren las confrontaciones sociales, ni entienden sus razones. Las gentes sencillas, si no son agitadas y enervadas, viven para la paz. Las confrontaciones sociales se gestan y se estimulan desde las tribunas.

Las palabras que pronuncian los políticos insensatos pueden recalentar la caldera social, hasta el límite de la explosión. Los políticos no pronunciarían discursos agrios, enervantes y provocadores, si no estuviesen cegados por siniestras utopías.

Las personas, privadamente, podemos cultivar con cariño nuestras propias y queridas utopías, pero es, de todo punto, intolerable que las personas que ostentan cargos públicos se empeñen en obligar a las gentes a compartir las suyas. Una utopía, cultivada en privado, puede, a lo sumo, conducir al manicomio, pero una utopía, administrada a las masas como consigna, puede crispar los ánimos hasta límites incendiarios.

De los políticos se espera que abran al pueblo las puertas del bienestar, de la esperanza y de la concordia, y no que aprovechen su alta posición para inocularle el odio, la amargura, el resentimiento y la frustración que ellos han cosechado cultivando sus insignes utopías.

Los políticos iluminados y neuróticos pueden encender guerras santas con mucha facilidad y, por tanto, deben ser retirados urgentemente de las tribunas.

La mejor forma de evitar las confrontaciones civiles es desactivar en las urnas a los políticos que siembran los gérmenes que las producen.